

ANACREONTE A TRAVÉS DE CÉSAR VALLEJO

El amor, las rosas y el vino

Raquel Martínez Ballestrín

DE SÍ MISMO

(Anacreonte)

*De un lecho fabricado
de lotos y de mirtos
sobre las blandas hojas
quiero brindar tendido.*

*Amor sirva la taza,
con cinta de papiro
por el hermoso cuello
su palio atrás prendido.*

*Como la inestable rueda,
tal sigue su camino
nuestra mísera vida
rondando de continuo.*

*Y ya que nuestros huesos
al término prescrito
se desaten, en polvo
seremos convertidos.*

*¿Para qué ungir las losas
de los sepulcros fríos?
¿ni derramar en vano
aromas exquisitos?*

*A mí más bien de esencias
ungidme mientras vivo,
de rosas coronadme,
llamad al amor mío.*

*Primero que a las danzas
me lleven del abismo,
quiero dejar cuidados,
quiero vivir tranquilo.*

LAS ROSAS

(Anacreonte)

*La rosa de los amores
con Baco mezclada sea;
en rosas de lindas hojas
ornemos la cabellera.*

*Bebamos todos alegres:
la tierna rosa es la reina
de las flores, el cuidado
de la genial Primavera.*

*Es de los dioses delicia,
y al hijo de Citerea
las rubias sienes adorna
cuando con las Gracias juega.*

*Pues adornadme las mías
de rósea guirnalda bella,
que voy al templo de Baco
para cantar en su fiesta.*

*En ella al son de mi lira
diré del dios las proezas,
y bailaré con la joven
que el seno más lindo tenga.*

DEL AMOR

(Anacreonte)

*Molesto Amor me hiere
con vara de jacinto,
mandándose imperioso
que siga su camino.*

*Yo sudo fatigado
corriendo a par del niño
por bosques y torrentes
por hondos precipicios.*

*El corazón del pecho
a la nariz subido,
salírseme parece,
y apenas ya respiro.*

*Entonces con sus alas,
Amor compadecido,
tocándome la frente,
tú amar no puedes, dijo.*

NERVAZÓN DE ANGUSTIA

(César Vallejo)

*Dulce hebrea, desclava mi tránsito de arcilla;
desclava mi tensión nerviosa y mi dolor...
Desclava, amada eterna, mi largo afán y los
dos clavos de mis alas y el clavo de mi amor!
Regreso del desierto donde he caído mucho;
retira la cicuta y obséquiame tus vinos:
espanta con un llanto de amor a mis sicarios,
cuyos gestos son férreas cegueras de Longinos!
Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía!
¡Sinfonía de olivos, escancia tu llorar!
Y has de esperar, sentada junto a mi carne muerta,
cuál cede la amenaza, y la alondra se va!
Pasas... vuelves... Tus lutos trenzan mi gran cilicio
con gotas de curare, filos de humanidad,
la dignidad roquera que hay en tu castidad,
y el judithesco azogue de tu miel interior.
Son las ocho de una mañana en crema brujo...
Hay frío... Un perro pasa royendo el hueso de otro
perro que fue... Y empieza a llorar en mis nervios
un fósforo que en cápsulas de silencio apagué!
Y en mi alma hereje canta su dulce fiesta asiática
un dionisiaco hastío de café...!*

LOS ANILLOS FATIGADOS

(César Vallejo)

*Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse.*

*Hay ganas: de un gran beso que amortaje a la Vida,
que acaba en el África de una agonía ardiente,
suicida.*

*Hay ganas de... no tener ganas. Señor;
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.*

*La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa
a cuevas con la espina dorsal del Universo.*

*Cuando las sienes tocan su lúgubre tambor...
cuando me duele el sueño grabado en un puñal,
¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!*

PARA EL ALMA IMPOSIBLE DE MI AMADA

(César Vallejo)

*Amada: no has querido plasmarte jamás
como lo ha pensado mi divino amor.
Quédate en la hostia,
ciega e impalpable,
como existe Dios.*

*Si he cantado mucho, he llorado más
por ti ¡oh mi parábola excelsa de amor!
Quédate en el seso,
y en el mito inmenso
de mi corazón!*

*Es la fe, la fragua donde yo quemé
el terroso hierro de tanta mujer;
y en un yunque impío te quise pulir.
Quédate en la eterna
nebulosa, ahí,
en la multicencia de un dulce no ser.*

*Y si no has querido plasmarte jamás
en mi metafísica emoción de amor,
deja que me azote,
como un pecador.*

Anacreonte, poeta griego originario de la ciudad de Teos, posee una producción poética en la que es posible destacar la recurrencia de algunos símbolos que, puestos en diálogo, ofrecen una rica visión de su concepción vital, al tiempo que permiten una relectura a través de César Vallejo. La selección de los tres poemas de arriba nos brinda un acercamiento a esta visión que, si bien no podemos considerar genérica dado lo limitado del muestrario, sí admite una exégesis y una reactualización de índole existencial. Partimos, pues, de tres grandes símbolos que aparecen, de una u otra manera, en los tres poemas y que, puestos en relación, proporcionan una perspectiva más abarcadora: el amor (personificado en el dios Eros), la rosa y el vino.

A grandes rasgos podemos establecer una serie de correspondencias concretadas en el amor como dolor, la rosa como vida y el vino como placer que, sin embargo, conforme profundizamos en las distintas ideas, adquieren mayor hondura y se postulan para más ricas reactualizaciones. Los tres símbolos apuntan a una postura vital que puede calificarse de hedonista —aunque matizable en más de un aspecto, tal y como veremos— de acuerdo con la lectura de un placer epicúreo que propician las composiciones tituladas “De sí mismo” y “Las rosas”. En este sentido, será “Del amor” la que establezca un punto de inflexión inicial que, aplicado al resto de las producciones, valide el funcionamiento de la lectura a través de César Vallejo que proponemos desde el título.

De esta suerte, partimos del símbolo del vino, por ser este el más conclusivo en un nivel semántico, lo que no lo exime de tender ricos puentes con los otros símbolos señalados en particular y con la concepción vital que ofrece el poeta en general. El vino se alza, pues, como un símbolo positivo que enlaza de forma clara con la tendencia de los dos primeros poemas, que cabe vincular al tópico del *carpe diem*. De acuerdo con este, funciona de forma metonímica, llegando a través de su mención a concretar un estado de embriaguez que invita a la desinhibición: cumple su tarea como estandarte de la liberación. Este estado de libertad resulta operante tanto en un rango espiritual como corporal, o, mejor, permite deshacer de alguna forma la dualidad que establecería Platón: tal vez no tanto como liberación del alma de su atadura corpórea cuanto como emancipación del cuerpo de las grandes cuestiones que el alma imprime en él.

No obstante, el símbolo del vino no se limita a la metonimia por medio de este término, sino que crea todo un imaginario en que las distintas palabras de este campo semántico permiten una creación metafórica mayor y más compleja, llegando en el caso de “De sí mismo” a una metáfora encadenada cuya abstracción consiente más de una interpretación, aunque todas ellas se mantienen al abrigo de la noción positiva subyacente que señalábamos. El “quiero brindar” del cuarto verso se concreta como la celebración del placer, que responderá a la vinculación amorosa —en una de sus dualidades, tal y como veremos—, lo que determinará el sentido de “Amor sirva la taza”. Este último verso debe, necesariamente, atenerse a una interpretación alegórica por la que la prosopopeya de la idea “Amor” revierte en la interpretación metafórica de “la taza”, que permite entenderse en este juego de relaciones como el “alma”. De esta forma, el “Amor” supone la concreción de una idea que, en el símbolo amoroso, se corresponderá con la bifurcación del sujeto poético.

Mantiene Anacreonte esta visión liberadora en “Las rosas”, donde el símbolo del vino establece una estructura circular entre la primera y la última estrofa. En este caso, el símbolo es más llano y la interpretación de embriaguez en su sentido propio valida el tópico *collige*

virgo rosas en el que es posible inscribir la composición. De esta forma, la invitación a entregarse a los placeres corporales —en esa tendencia hedonista que comentábamos— termina por cristalizar en la última estrofa en la ubicación del sujeto poético en la fiesta de Baco, dios mitológico que cobrará un gran protagonismo como representante de esta tendencia del *carpe diem*.

De este primer símbolo podemos establecer un claro puente con la producción poética de César Vallejo en general, aunque nos centraremos en los poemas que componen *Los heraldos negros*. En este volumen encontramos algunas composiciones en las que la recurrencia del “vino” como símbolo se inclina hacia una interpretación muy similar a la ofrecida por Anacreonte, aunque con la aplicación del filtro cristiano que el trascurso de la historia ha impreso inevitablemente.

En “Nervazón de angustia” se produce una interesante alegoría que toma como punto de partida este símbolo y que, de hecho, termina por concretarse en el disfrute y la liberación. Ya en el inicio del poema encontramos la renuncia a esos “cuidados” a los que alude Anacreonte en “De sí mismo” a través de la imagen “retira la cicuta”, de una mayor fuerza expresiva: podemos entender también en esta imagen la liberación de la dualidad cuerpo/alma, pero en este caso a través de la noción, que necesariamente interpretamos de forma metafórica, de la “muerte” de esa carga espiritual. Completa esta imagen el poeta peruano a través del “obséquame tus vinos”, convirtiendo el símbolo del vino en el contrapunto del dolor, aunque nunca entendida la dicotomía de forma excluyente, antes bien, en Vallejo encontramos la convivencia del dolor y el placer tanto corpóreos como espirituales.

No agota el recurso en este verso, sino que lo extiende en el mismo sentido metafórico que ya encontrábamos en el poeta griego, pero, en su caso, la acción de escanciar deja de limitarse al licor liberador y pasa a admitir como objeto directo el “llorar”. Esto es, la dualidad termina por inclinarse hacia el sufrimiento en la mitad de la composición, aunque no de forma determinante. Así pues, cierra el poema con el rescate de la divinidad, y la mención a Dionisio acaba por constituir un canto al placer que formula nuevamente en oposición, en este caso, a la cotidianidad: “un dionisiaco hastío del café”, haciendo funcionar nuevamente el oxímoron a partir de la reconciliación de opuestos por medio de la complementación.

Por lo que respecta al símbolo del amor, este se establece en Anacreonte a través de la bifurcación en dos experiencias amorosas diferentes tanto en su desarrollo como en su conclusión. De esta suerte, mientras que tanto en “De sí mismo” como en “Las rosas” el amor se descubre como una experiencia satisfactoria, que entronca con los otros placeres en los que se formula el *carpe diem*, en “Del amor” la experiencia se revela como un camino azaroso que se resuelve en el fracaso sentimental.

En la vertiente más hedonista, el amor es también un símbolo de placer. No obstante, este placer se limita a un plano corporal, que no solo extraemos de las correspondencias con el símbolo del vino que ya comentábamos, sino que podemos cifrar también en las relaciones verbales: “de rosas coronadme, / llamad al amor mío” y “bailaré con la joven / que el seno más lindo tenga”. En el primero, el disfrute del amor responde a la entrega del placer, que se revela de forma casi narcisista; en el segundo, la acción y la descripción se limitan a la eficción. De esta forma, en el contexto del *carpe diem* existe en este autor una tendencia a un disfrute que no contempla tanto la dualidad platónica (con el intento de placer ideal sobre el alma) cuanto la entidad sensible. Esta tendencia a lo terreno termina

por aceptar el epicureísmo en todas sus vertientes, incluida la de la muerte: el “¿Para qué entonces ungir las losas / de los sepulcros fríos?” deja patente una consciencia limitada a los sentidos (percepción corpórea), lo que le lleva a esa exaltación final con la que cierra el poema: “quiero dejar cuidados / quiero vivir tranquilo”.

No obstante, en “Del amor” el símbolo cambia, adoptando una acepción trágica y ensombrecida, acompañada de un léxico que comienza a explorar el alma y la interioridad del cuerpo como una suerte de búsqueda espiritual o, mejor, de cuestionamiento de su propia sentimentalidad. En este sentido, la divinidad mitológica se alza como la prosopopeya de su propia espiritualidad, como si la voz poética se bifurcara en dos entidades (entendemos que trascendentales) que dialogan entre sí: el “yo” que quiere amar y el “yo” que se sabe incapacitado para ello. Esta dualidad cristaliza en esa carrera de fondo en la que intenta llegar al “amor”, al que no termina de alcanzar nunca.

Esta visión del amor recae, nuevamente, sobre la dualidad antedicha, por la que los síntomas somáticos pueden fácilmente entenderse como el reflejo del estado espiritual de la voz poética. Se trata, a la postre, de la toma de consciencia de la incapacidad del yo lírico para el amor, que se intensifica a partir del estilo directo enunciado por la divinidad, lo que aumenta la expresividad, máxime si tenemos en cuenta el participio con el que matiza el sujeto: “Amor compadecido”. De esta forma, los distintos versos en los que se describen los síntomas terminan por concretarse en el diagnóstico del último verso.

La dicotomía del sentimiento amoroso responde al nivel del ser que lo experimenta: cuando el amor se sitúa en lo corpóreo, el símbolo adquiere un valor positivo como un placer más; sin embargo, cuando en el sentimiento amoroso entran en pugna lo corpóreo y lo espiritual, entonces el símbolo se revela negativo. Esta última vertiente vuelve a tender lazos con las composiciones poéticas de Vallejo, quien en “Para el alma imposible de mi amada” recupera este enfrentamiento cuerpo/alma. En su caso, el canto ya no requiere de la figura de Eros como reflejo de la interioridad: la receptora del poema es la amada inexistente, anclada en el no-ser. No obstante, esta no materialización de la amada es aceptada por la voz poética, quien admite su irrealización como forma de preservar la pureza que él no habría sabido imprimir en la relación sentimental: “en un yunque impío te quise pulir”. En una lectura no tan espiritual y más material, a la postre, los dos poemas terminan por converger en la misma conclusión: la ausencia de la amada como consecuencia de la incapacidad del sujeto poético, conocedor de su falta, ya sea por medio de la voz divina, ya por un análisis de consciencia.

Finalmente, nos remitimos al símbolo de la rosa en la poesía de Anacreonte, que será el que nos permita bosquejar la actitud vital que subyace a los dos autores. Para el poeta griego la rosa se revela como imagen de la vida, con la carga tanto positiva como negativa que lleva consigo esta analogía. Cuando la tendencia poética deriva hacia el hedonismo vital, la rosa se conceptúa como la juventud, la belleza y la lozanía, por lo que la estación de la primavera entra en correlato con esa edad dorada en la que se cifra el *carpe diem*. Sin embargo, en tanto que símbolo vital, conlleva una lectura implícita de la inminencia en la que se detiene el eje temporal: el irremediable paso del tiempo acabará por marchitarla de la misma forma que acabará por abocar la vida a la muerte (“en polvo / seremos convertidos”).

Esta doble cara del símbolo nos induce a matizar el sentido hedonista de Anacreonte, al mismo tiempo que nos permite establecer las conexiones que venimos trazando con

César Vallejo. De esta forma, encontramos ya en la poesía de Anacreonte una serie de imágenes que remiten a la concepción vital en la que encontramos posteriormente sumido al peruano por influencia de la filosofía de Schopenhauer y Nietzsche. Existe un evidente vaivén en los poemas seleccionados entre el placer y la clara consciencia de la muerte, que, si bien se concreta en un *carpe diem* con recurrencias, incluso sintácticas, de larga prosapia, también permite la aparición de una concepción temporal ligada a esta consciencia.

En el *carpe diem* encontramos instaladas las imágenes de placer, juventud y amor, la aparición de la cláusula temporal (“mientras vivo”) así como del imperativo que exige el disfrute de la experiencia vital (“coronadme” o “bebamos”). No obstante, aparece ya instituida la imagen circular de la temporalidad, que inevitablemente remite a esa consciencia —anticipación en Anacreonte, desembocadura en Vallejo— del eterno retorno nietzscheano: Anacreonte lo expresa como “tal sigue su camino / nuestra mísera vida / rodando de continuo”, mientras que Vallejo lo señalará como “y Dios, / curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa / a cuestras con la espina dorsal del universo” (en “Los anillos fatigados”). Este eterno retorno, no obstante, opera para ambos autores en un nivel vital, pero no individual, por lo que la consecuencia última sigue siendo esa muerte que no contempla la posibilidad de una vida ultraterrena.

En definitiva, nos situamos antes a dos poetas que, pese a la distancia cronológica y cultural, comparten una misma concepción vital, más vitalista en Anacreonte y más desesperanzada en Vallejo, que en ambos casos se resuelve en la recurrencia a unas imágenes, ideas y símbolos compartidos. En este sentido, supone Anacreonte la base que Vallejo, tal vez inconscientemente, asume como parte de la tradición, una vez pasada por el filtro cristiano que no revierte los sentidos, sino que los ratifica y actualiza.



Bibliografía

- Anacreonte, Safo y Tirteo / traducidos del griego en prosa y verso por José del Castillo y Ayensa*, Madrid, Imprenta Real, 1832.
- VALLEJO, César, *Los heraldos negros*, Buenos Aires, Losada, 2008.